

los ha entregado son de tal calidad que solo se puede medir tomando como medida ese amor inmenso y sin límites que siente hacia Ellos. En la creación de los ángeles y de los hombres, Dios no tuvo más fin, como ya hemos visto, que formar una corte de honor y de gloria encargada de servir, glorificar y amar a Cristo y su santísima Madre.

Y ¿cómo ha influido María en la creación?

No hay más que una gracia puramente gratuita, que es, según nos enseñan los teólogos, de más significación y fuerza; la de la Encarnación (S. Tomás, S. Buenaventura, Escoto, etc.) Todas las gracias que constituyen el orden sobrenatural nos han sido merecidas por Cristo. Pero como el orden natural es para el sobrenatural, habremos de decir que todos los dones concedidos a los ángeles y a los hombres tienen su origen y su razón de ser en Cristo. ¿Y no tendrá su Madre, la Virgen María, una misión particular en la distribución de sus dones? La Iglesia la proclama medianera entre Dios y los hombres, distribuidora de las gracias, y llega hasta aplicarla, por medio de sus doctores, el hermoso dictado de *omnipotencia suplicante*.

¿Qué quiere decir eso? Quiere decir que los deseos de su corazón maternal son la medida de las gracias que actualmente se distribuyen en todo el universo, y los sentimientos amorosos de ese corazón lleno de bondad, previstos y contemplados por el Eterno en su mente divina, fueron la medida de los dones de naturaleza y gracia otorgada a los ángeles, así como a los que precedieron a su venida al mundo. Cristo lo ha merecido todo, y María distribuye y da de esos dones que su Hijo ha merecido y ganado, cuanto quiere, a quien quiere, y como quiere y cuando quiere. Si esto es así, como realmente lo es, no se podrá decir en rigor de verdad que Ella es *principio de la creación*?

María es *fin de la creación*, o lo que es lo mismo, todo ha sido creado para María. *Todo es Vuestro*, decía el Apóstol dirigiéndose a los fieles de la primitiva Iglesia, y *vosotros sois de Cristo* (I ad. Cor. II, 23.) Pero María es inseparable de su divino Hijo; luego si Jesucristo es nuestro *fin principal*, su Madre será el *fin secundario*. ¡Qué divinamente hermoso es, pues, el reino que Dios ha preparado a su Hija predilecta! Reina de todos los mundos, desde las inaccesibles alturas de su trono de gloria pasea su dulcísima mirada sobre las jerarquías angélicas y sobre las generaciones humanas que se van sucediendo en la carrera de los siglos, y estremecida por el sentimiento de la gratitud más profunda, deja escapar de sus labios este himno que encierra las maravillas obradas en Ella por el poder divino: *Yo salté de la boca del Altísimo engendrada primero que ninguna criatura: Yo hice que naciese en los cielos la luz que nunca falta, y como niebla cubrí toda la tierra: Yo habité en las alturas... y estuve en toda la tierra: y en todo pueblo, y en toda gente tuve la primacía.* (Eccl., XXVI, 5.)

La realeza de María es gloriosa por la extensión de su imperio, pues abraza la creación entera, pero ¿no lo es quizá todavía más por la multiplicidad y la importancia transcendental de sus derechos? Guardada la debida proporción, sus derechos son los de Cristo.